

MESALINA

HONOR CARGILL-MARTIN

MESALINA

La historia de un imperio,
una difamación y un adulterio

Traducción de Julieta Lionetti

Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Messalina. A Story of Empire, Slander and Adultery*

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Jordi Sàbat

Ilustración de cubierta: Estatua de Mesalina en el Museo del Louvre, París.
Imagen de @Alamy Stock Photo

Primera edición: noviembre de 2025

© Honor Cargill-Martin, 2023
© de la traducción: Julieta Lionetti, 2025
© de la presente edición: Edhasa, 2025
Diputación, 262, 2^o1^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-2765-6

Impreso en Huertas Industrias Gráficas

Depósito legal: B 16021-2025

Impreso en España

*A mi madre, Perdita,
que me enseñó a escribir y a pensar.*

Índice

Mapa de Roma	12
Mapa del Imperio	14
Árbol genealógico de la dinastía Julio-Claudia.	16
Árbol genealógico de la familia de Claudio y Mesalina. . . .	18
Árbol genealógico de las conexiones de la familia de Mesalina.	20
Árbol genealógico de las princesas imperiales y sus maridos .	22
Cronología	25
Personajes principales	27
 Introducción	 35
Preludio: los cronistas de Mesalina en la Antigüedad	47
I. Una boda y un funeral	55
II. Un escenario de mármol	67
III. Una educación	81
IV. A hurtadillas con Tiberio	93
V. Mal año para una boda	109
VI. El puente sobre la bahía.	127
VII. A rey muerto, rey puesto	145
VIII. <i>Domina</i>	169
IX. Madona Mesalina	187
X. La corte de Mesalina	201
XI. El triunfo de Mesalina	225
XII. Intrigas y zozobras	239
XIII. Perversiones políticas	259

XIV. Las adúlteras se lo pasan mejor	271
XV. Un jardín que bien merece un asesinato	287
XVI. Relectura de un desenlace	305
XVII. La emperatriz prostituta.	327
XVIII. La tragedia de Octavia y Británico	347
XIX. Epílogo: las Mesalinas.	361
Conclusión	397
 Agradecimientos	 403
Bibliografía	407
Notas	423
Créditos de las imágenes	459
Índice temático	461

«Los ojos de Mesalina precipitan
tanto al mejor como al más hermoso
de todos los patricios
hacia el más miserable de los finales»,

Juvenal, *Sátiras*, X.331-333

Cronología

- 31 a. C.: Augusto triunfa sobre Antonio y Cleopatra en Accio, convirtiéndose en el único soberano del Imperio romano. Comienza la dinastía Julio-Claudia.
- 27 a. C.: Augusto aprueba el acuerdo constitucional que confirma su supremacía.
- 1 de agosto del 10 a. C.: Nace el futuro emperador Claudio.
- 19 de agosto del 14 d. C.: Muere Augusto, y Tiberio se convierte en emperador.
- c. 20 d. C.: Nace Mesalina.
- 16 de marzo del 37 d. C.: Muere Tiberio, y el Imperio pasa a Calígula.
- 37 d. C.: Claudio ocupa su primer consulado.
- 38 d. C.: Mesalina contrae matrimonio con Claudio.
- Otoño del 39 d. C.: La supuesta conspiración de Getúlico resulta en el exilio de las hermanas de Calígula.
- Invierno del 39-40 d. C.: Mesalina da a luz a Claudia Octavia, su primer vástago.
- 24 de enero del 41 d. C.: Calígula es asesinado, junto con su esposa, Milonia Cesonia, y su hija pequeña.
- 25 de enero del 41 d. C.: Claudio se convierte en emperador.
- 12 de febrero del 41 d. C.: Mesalina da a luz a Británico.
- 41 d. C.: El Senado vota otorgar el título de Augusta a Mesalina, pero Claudio rechaza el honor en su nombre.
- 41 d. C.: La princesa imperial Julia Livila y el filósofo Séneca son acusados de adulterio y condenados al exilio.

- 42 d. C.: Caída de Apio Silano, padrastro de Mesalina.
- 42 d. C.: Escriboniano da un golpe de Estado, respaldado por varios hombres prominentes; la revuelta es aplastada.
- 43 d. C.: Claudio invade Britania.
- 43 d. C.: Caída de Catonio Justo, prefecto de la Guardia Pretoriana.
- 43 d. C.: Caída de la princesa imperial Julia.
- 44 d. C.: Mesalina cabalga en el triunfo de Claudio; el Senado le confiere varios honores adicionales.
- 47 d. C.: Caída de Pompeyo Magno, esposo de Claudia Antonia. Claudia Antonia se vuelve a casar con el hermanastro de Mesalina.
- 47 d. C.: Caída de Valerio Asiático.
- 47 o 48 d. C.: Caída del liberto imperial Polibio.
- Otoño del 48 d. C.:** Mesalina celebra supuestamente un matrimonio bígamo con su amante Cayo Silio, lo que resulta en su ejecución y la de varios de sus compañeros.
- 1 de enero del 49 d. C.:** Claudio se vuelve a casar, esta vez con Agripina.
- 53 d. C.: Octavia, hija de Mesalina, se casa con Nerón, hijo de Agripina.
- 13 de octubre del 54 d. C.:** Claudio muere y Nerón se convierte en emperador.
- Principios del 55 d. C.:** Británico, hijo de Mesalina, muere en circunstancias misteriosas.
- 62 d. C.: Octavia, hija de Mesalina, es exiliada y asesinada.

Personajes principales

FAMILIA DE MESALINA

Domicia Lépidia: madre de Mesalina.

Mesala Barbado: padre de Mesalina. Falleció cuando ella era muy joven.

Fausto Sila: segundo esposo de Domicia Lépidia, padrastro de Mesalina.

Fausto Sila Félix: medio hermano de Mesalina. Posteriormente se casó con su hijastra Claudia Antonia.

Claudio: esposo de Mesalina. Emperador de Roma.

Claudia Octavia: hija de Mesalina y Claudio. Posteriormente, esposa del emperador Nerón.

Británico: hijo de Mesalina y Claudio.

FAMILIA DE CLAUDIO

Antonia la Menor: la difícil madre de Claudio.

Druso el Viejo: el difunto padre de Claudio.

Germánico: el hermano predilecto de Claudio. Murió en circunstancias misteriosas. Casado con Agripina la Mayor y padre del emperador Calígula y sus hermanas.

Livila: hermana de Claudio. Acusada de ayudar a su amante Sejano a asesinar a su esposo Druso.

Plaucia Urgulanila: primera esposa de Claudio. Divorciada en medio de un escándalo por acusaciones de incesto y asesinato.

Claudio Druso: hijo de Claudio con su primera esposa. Murió en un accidente de lanzamiento de peras cuando era adolescente.

Elia Pétina: segunda esposa de Claudio. Divorciada por causas menores.

Claudia Antonia: hija de Claudio con su segunda esposa. Hijastra de Mesalina.

LA CORTE DE AUGUSTO

Octavio/Augusto: primer emperador de Roma. Se le llamó Octavio hasta que adoptó el nombre honorífico de Augusto en el año 27 a. C.

Octavia: la querida y poderosa hermana de Augusto. Antepasada directa de Mesalina.

Livia: esposa de Augusto. Gozó de un poder y un prestigio sin precedentes como la primera «emperatriz» real de Roma. Madre de Tiberio, sucesor de Augusto.

Julia la Mayor: hija de Augusto. Segunda esposa de Tiberio. Exiliada por escandalosas acusaciones de adulterio.

Julia la Menor: hija de Julia la Mayor. Nieta de Augusto. Posteriormente, siguió a su madre al exilio por acusaciones de adulterio similares.

LA CORTE DE TIBERIO

Tiberio: hijo de Livia. Hijastro de Augusto. Segundo emperador de Roma.

Sejano: poderoso Prefecto de la Guardia Pretoriana bajo el mando de Tiberio. El arquetipo de consejero siniestro.

Druso: hijo de Tiberio. Se cree que fue envenenado por su esposa Livila y Sejano.

Agripina la Mayor: esposa de Germánico, hermano de Claudio, y madre de Calígula y sus hermanas. Se convirtió en un punto de apoyo para la oposición a Tiberio y fue exiliada.

LA CORTE DE CALÍGULA

Calígula: el joven y famoso tercer emperador de Roma, conocido por su volubilidad. Sobrino de Claudio.

Drusila: hermana favorita de Calígula y su supuesta amante. Adorada como diosa tras su muerte.

Emilio Lépido: esposo de Drusila. Presuntamente mantuvo romances con los tres hermanos de su esposa: Calígula, Julia Livila y Agripina. Ejecutado por cargos de conspiración y adulterio.

Getúlico: gobernador de la Alta Germania. Fue ejecutado por su participación en una supuesta conspiración contra Calígula.

Livia Orestila: segunda esposa de Calígula, con quien se casó durante su boda con otro hombre.

Lolia Paulina: tercera esposa adinerada de Calígula.

Milonia Cesonia: cuarta esposa de Calígula y madre de su hija. Asesinada junto con su esposo y su bebé.

LOS PRETORIANOS

Casio Querea: distinguido oficial pretoriano con convicciones republicanas. Uno de los líderes de la conspiración contra Calígula.

Cornelio Sabino: alto oficial pretoriano involucrado en la conspiración contra Calígula.

Catonio Justo: prefecto pretoriano durante los primeros años del reinado de Claudio. Ejecutado, supuestamente, por orden de Mesalina.

Rufrio Crispino: prefecto pretoriano. Leal partidario de Mesalina.

Lusio Geta: prefecto pretoriano. Se manifestó en contra de Mesalina durante su caída, pero posteriormente se le consideró demasiado leal a su memoria y fue destituido.

LA CORTE PALATINA EN TIEMPOS DE MESALINA

LIBERTOS, ESCLAVOS Y SIRVIENTES

Narciso: poderoso liberto, encargado de la correspondencia del emperador. El aliado más cercano de Mesalina, convertido en enemigo mortal.

Calixto y Palas: dos poderosos libertos en la corte de Claudio.

Calpurnia y Cleopatra: dos de las amantes del emperador.

Sósibo: tutor de Británico y aliado de Mesalina.

LA PARENTELA IMPERIAL EN LA CORTE DE CLAUDIO

Julia Livila: una de las hermanas de Calígula. Retirada tras la ascensión de Claudio. Acusada de adulterio con Séneca y exiliada, supuestamente por instigación de Mesalina.

Marco Vinicio: esposo de Julia Livila. Los rumores acusan a Mesalina de haberlo hecho envenenar.

Julia Livia: hija de Livila y Druso. Supuestamente asesinada por instigación de Mesalina.

Pompeyo Magno: casado con la hijastra de Mesalina, Claudia Antonia, en el año 41 d. C., pero posteriormente ejecutado.

Lucio Silano: prometido a la hija pequeña de Mesalina, Claudia Octavia. Obligado a suicidarse por Agripina.

Apio Silano: tercer esposo de Domicia Lépidia, madre de Mesalina. Ejecutado, supuestamente, a raíz de un sueño falso concebido por Mesalina y Narciso.

Agripina la Menor: una de las hermanas de Calígula. Madre del emperador Nerón. Se casó con su tío Claudio tras la caída de Mesalina y fue acusada de organizar su asesinato.

Pasieno Crispo: segundo esposo de Agripina la Menor. Un hombre de reputado sentido común y fiel al régimen de Claudio.

MUJERES DE LA CORTE

Popea Sabina la Mayor: una belleza famosa. Supuesta rival de Mesalina por el afecto del bailarín Mnéster. Obligada a suicidarse por su presunto romance con Valerio Asiático. Su hija homónima reemplazó a Octavia como esposa de Nerón.

Arria: una amiga íntima de Mesalina. Se suicidó junto a su amado marido Cecina Peto.

Pomponia Grecina: la esposa del general Plaucio de Claudio. Llevó luto por el resto de su vida en protesta por el trato que Mesalina dio a Julia Livia.

Junia Silana: La noble e intachable esposa de Cayo Silio. Divorciado, aparentemente, a causa de su romance con Mesalina.

Junia Calvina: la bella hermana de Lucio Silano. Las acusaciones de incesto llevaron al suicidio de su hermano y a su exilio (temporal).

SENADORES

Publio Suilio: hábil orador y notorio fiscal. Aliado de Mesalina por mucho tiempo.

Lucio Vitelio: aliado senatorial de Mesalina durante la mayor parte de su reinado. Su hijo homónimo fue más tarde emperador durante un breve período.

Séneca: cortesano y filósofo estoico. Acusado de adulterio con Julia Livia y exiliado, supuestamente, por instigación de Mesalina. Posteriormente fue tutor de Nerón.

Camilo Escriboniano: gobernador de Dalmacia. Montó una rebelión de corta duración contra Claudio y murió suicidándose o siendo asesinado.

Cecina Peto: obligado a suicidarse por su participación en la revuelta de Escriboniano. Acompañado por su devota esposa Arria.

Aulo Plautio: el general más destacado de Claudio. El cerebro detrás de la campaña británica.

Valerio Asiático: un senador galo, muy rico y eminente. Obligado a suicidarse tras ser declarado culpable de conspiración y conducta sexual inapropiada, supuestamente, por instigación de Mesalina.

LOS SUPUESTOS AMANTES Y ASOCIADOS DE MESALINA

Cayo Silio: el joven aristócrata más guapo de Roma. Supuestamente, amante de Mesalina, marido bígamo y cómplice.

Mnéster: una estrella de pantomima irresistible. Supuestamente, amante de Calígula y más tarde de Mesalina.

Polibio: un poderoso liberto, consejero literario de Claudio. Supuestamente, uno de los amantes de Mesalina fue asesinado por orden suya.

Traulo Montano: un joven équite sorprendentemente bello e ingenuo. Se dice que Mesalina lo convocó, se acostó con él y lo abandonó en el transcurso de una sola noche.

Vetio Valente: un médico de renombre. Supuestamente, uno de los amantes de la emperatriz.

Tito Próculo, Pompeyo Urbico, Saufeyo Trogo, Junco Virgiliano, Sulpicio Rufo, Decrio Calpurniano: más de los supuestos amantes y asociados de Mesalina.

Helvia, Cotta y Fabio: tres hombres más que también pudieron haber caído junto a Mesalina.

Plaucio Laterano: el sobrino del general más poderoso de Claudio. Acusado junto a Mesalina pero indultado.

Suilio Cesonio: hijo del temido procurador Publio Suilio. Acusado junto a Mesalina pero indultado.

Las mujeres de Nerón

Claudia Acte: una liberta con quien Nerón mantuvo un apasionado romance.

Popea Sabina la Menor: amante de Nerón e hija de la antigua rival de Mesalina.

Popea Sabina la Mayor: Nerón se divorció de Octavia para casarse con ella.

Introducción

En 1798, un editor parisino llamado Pierre Didot decidió aventurarse en la pornografía. Encargó dieciséis exuberantes grabados que representaban posiciones que iban desde las más básicas hasta las más admirablemente atléticas. Para mantener la elegancia, cubrió todo el proyecto con dos capas de respetabilidad histórica.* El título pretendía (erróneamente) descender de la más famosa de las obras eróticas del Renacimiento: *I Modi*, o *Las posiciones*. Esta colección de dieciséis grabados y dieciséis sonetos había sido considerada tan peligrosamente explícita por la Iglesia católica que se confiscaron y destruyeron dos impresiones completas, dejando de la obra sólo fragmentos insatisfactorios y una reputación escandalosa.¹ Didot también proporcionó a cada una de sus posiciones un título clásico extraído del mito o de la historia grecorromana y unas pocas páginas de explicación histórica cuasi intelectual: en la Lámina VI, Hércules hace buen uso de su famosa fuerza al levantar a Deyanira completamente del suelo; la Lámina X muestra a Baco haciendo el amor con Ariadna, que está de cabeza, y en la Lámina XVII, vemos a Eneas tocando a Dido, que está arrodillada, desde atrás.

La posición XIV se llama «la Mesalina». Estamos en un burdel romano, y Mesalina, emperatriz del mundo conocido, esposa

* El libro se publicó bajo el título *L'Arétin d'Augustin Carrache, ou recueil de postures érotiques*, con grabados del artista Jacques-Joseph Coigny.

del emperador Claudio, está recostada en una cama con patas de león, haciéndose pasar por una prostituta común y corriente. Apenas podemos ver el rostro del cliente anónimo y musculoso que está a punto de penetrarla, pero no tiene importancia. La pierna de Mesalina cae sobre su hombro, y tiene la mano posada en su espalda, para atraerlo hacia ella. La placa ilustra un famoso pasaje de la Sátira VI del poeta Juvenal, de principios del siglo II d. C., en la que afirma que la emperatriz, desesperada por alimentar su insaciable impulso sexual, esperaba a que su marido se durmiera para disfrazarse con una peluca rubia y una capa, y escabullirse del lujo del Palatino, a través de las oscuras calles de Roma, hasta un sórdido burdel.² Allí alquilaba una habitación sofocante y maloliente, se desnudaba y se ponía a la venta bajo el nombre falso de Licisca, «la pequeña loba». Coqueteaba y follaba por unas pocas monedas cada vez, y sólo al llegar el amanecer, cuando el sol ya se elevaba por el horizonte y el proxeneta se empezaba a irritar, a regañadientes, aceptaba irse. Regresaría al palacio sucia —con el sudor de sus amantes y el hollín de las lámparas de aceite baratas en la piel— y más feliz, aunque, según afirma Juvenal, todavía no del todo satisfecha.

El texto que acompaña a la Lámina XIV describe la prodigiosa vida sexual de su protagonista. Se nos dice que Mesalina durmió con todos los oficiales del palacio de su marido; de hecho, no había casi ningún hombre en Roma que no pudiera jactarse de haber obtenido el favor de la emperatriz. Afirma que asesinó alegremente a hombres que, sobrecargados por sus interminables exigencias, ya no tenían la resistencia ni la habilidad para satisfacerla. Termina con la afirmación de que el nombre de Mesalina nunca moriría; perduraría a lo largo de los siglos como una etiqueta para cualquier mujer sin restricciones en sus apetitos sexuales e insuperable en su reputación de libertinaje.³ En este aspecto, al menos, Didot no se equivocaba. En los siglos que siguieron a la ejecución de Mesalina, en el año 48 d. C., su nombre se convirtió en una metonimia de ninfómana, la *femme fatale*, la mu-

jer que se atrevía a expresar su deseo sexual. En un manuscrito de la Francia medieval, encontramos la iluminación de una Mesalina de aspecto notablemente relajado ardiendo en las llamas eternas de la condenación, enfrascada en un feroz debate con los emperadores Tiberio y Calígula sobre cuál de ellos había pecado más. Los panfletistas revolucionarios franceses criticaron a María Antonieta como una nueva Mesalina, mientras que su hermana, la poderosa reina de Nápoles, María Carolina, fue descrita por un observador como una combinación de «toda la lubricidad de una Mesalina y los gustos poco ortodoxos de una Safo».⁴ En los suburbios británicos de la década de 1920, una mujer condenada por impulsar a su amante a asesinar a su marido fue inmortalizada como la «Mesalina de los suburbios», y, en la década de 1930, la compañía Player's Cigarette produjo calendarios de cigarrillos (como parte de una serie sobre «bellezas famosas») que mostraban a una Mesalina con los labios pintados de rojo, tendida en un sofá, con el vestido deslizándosele por el hombro y con una arrogancia y autocontrol notables mientras vaciaba su copa de vino en el suelo. El cartel de estreno en cines de la película de 1977 *Messalina, Messalina!* Nos enseña a la emperatriz con una túnica con un gran escote en la espalda que llega hasta por debajo de los glúteos; la consigna promete a los espectadores «las divertidas aventuras amorosas de la más insaciable devoradora de hombres». Mesalina es, sin duda, el arquetipo de «mala mujer», una personificación monstruosa de la intersección entre la fantasía y el miedo masculino.

Aun así, el legado de Mesalina en la conciencia cultural de Occidente no sorprende, dado el tratamiento que recibe en las fuentes antiguas. Tras su ejecución, la emperatriz sufrió la *damnatio memoriae*; su nombre fue borrado de los monumentos, sus estatuas fueron destruidas y su reputación quedó mancillada. Dejados a su arbitrio, los malos historiadores, los poetas e incluso los científicos hicieron de las suyas y acusaron a Mesalina de adulterio, codicia, prostitución, bigamia y asesinato, y trabajaron en sus

propias ansiedades acerca de la moralidad y el poder de las mujeres en el proceso.

La combinación de destrucción y bastardización de la historia de Mesalina dificulta la reconstrucción de un relato «fáctico» preciso de su vida. Es mucho lo discutible, e incluso los hechos más básicos están sujetos a debate. Por poner sólo un ejemplo: las estimaciones de su fecha de nacimiento varían entre el año 17 d. C. y el 26 d. C. Para una mujer que probablemente nunca llegó a cumplir los treinta años, la diferencia de casi una década es crucial. Si tomamos el 17 d. C. como el año del nacimiento de Mesalina, ella tendría alrededor de veintiún años cuando se casó con Claudio, en el 38 d. C., y alrededor de treinta y uno cuando murió, en el 48 d. C. Sin embargo, si afirmamos que nació en el 26 d. C., contaría sólo con trece en el momento de su matrimonio y veintidós en el momento de su muerte. Esto tiene consecuencias obvias para un análisis de la mujer y sus acciones. ¿Era una virgen casada con un hombre tres veces mayor? ¿Una adolescente explorando su sexualidad? ¿Una muchacha totalmente fuera de su elemento en una corte llena de intrigas políticas que no podía comprender? ¿O era una mujer joven muy consciente de su poder sexual y perfectamente capaz de conspirar con los mejores?



¿Es entonces Mesalina una causa perdida para el historiador? Quizá me muestre parcial, pero diría que no.

Mesalina vivió en un lugar y en una época sobre los que poseemos una enorme cantidad de información. Los cien años que se extienden antes y después de su nacimiento constituyen quizá la era mejor documentada de la historia occidental antes del Renacimiento. La sociedad romana de este período era abierta, inmensa y ostentosamente alfabetizada. Las gentes vivían en un paisaje urbano saturado de escritura: leyes y decretos estaban inscritos en piedra o bronce; en las tumbas que bordeaban los caminos se

esculpían loas a los difuntos; las placas nombraban a los sujetos de las estatuas públicas y enumeraban sus logros, y los grafitis que cubrían cada pared libre te decían a quién evitar, a quién votar y con quién acostarte.

Los instruidos sabían leer y escribir, tanto en latín como en griego. Conocían de memoria toda una obra literaria –las epopeyas de Homero, las tragedias de Esquilo, los discursos de Demóstenes– y salpicaban constantemente sus cartas de citas, con petulante familiaridad. Y la correspondencia era constante: las cartas formaban la columna vertebral del Imperio administrativo. Fue el nuevo servicio postal imperial (*cursus publicus*), establecido por Augusto para transportar directivas e informes a lo largo y ancho del Imperio, el que hizo que la vasta extensión dominada por Roma fuera gobernable centralmente. Al mismo tiempo, la escritura epistolar comenzó a considerarse una forma de arte cuando Cicerón y Plinio el Joven recopilaron y publicaron enormes volúmenes de correspondencia privada. En el Capitolio, los archivos senatoriales conservaban actas, sentencias y decretos para futura referencia.

La literatura latina también prosperó: en la *Eneida*, Virgilio finalmente dio a Roma una epopeya que rivalizaba con las de los griegos; Catulo y Ovidio derramaron anhelos elegíacos sobre amores prohibidos; Horacio, Persio y Juvenal perfeccionaron el nuevo género de la sátira, mordaz y peculiarmente romano. Pronto conocida como una edad de oro literaria, los textos de los primeros siglos antes y después de Cristo se preservarían para la posteridad en las bibliotecas de las abadías durante la Edad Media cristiana, copias de copias de copias realizadas por monjes que respetaban su importancia literaria o necesitaban ayudas didácticas para el «correcto latín clásico».

Pero la huella de la época de Mesalina no es menos indeleble en el paisaje material que en el literario. La élite imperial construyó monumentos diseñados para resistir los estragos del tiempo. Muchos de ellos fueron posteriormente modificados para quedar integrados en el tejido de la Ciudad Eterna de la Iglesia

católica: los templos de los antiguos dioses se convirtieron en iglesias de los nuevos; los arcos y las columnas se reutilizaron para adornar los palacios nobles. En otros lugares, la conservación del paisaje de la Italia de Mesalina fue más fortuita. La erupción del Vesubio en el año 79 d. C., aunque desafortunada para los pompeyanos, congeló en una cápsula del tiempo la vida cotidiana tal como realmente era a mediados del siglo I d. C. (y no como había sido diseñada y fraccionada para la posteridad).

A partir de estas diversas fuentes, podemos crear un tapiz extraordinariamente rico del mundo en el que vivió Mesalina: sus leyes, sus normas sociales, sus instituciones políticas y sus redes familiares; su economía, su apariencia, sus ideales y sus preocupaciones. Y, una vez que hemos comprendido su entorno y el tiempo en el que se escribieron las primeras historias de su vida, podemos trabajar hacia atrás, preguntándonos si esas historias que conocemos son plausibles, y, cuando no lo son, examinando los prejuicios y los motivos ulteriores que podrían haber impulsado a su creación.

Este proceso tiene sus complejidades, pero también es provechoso. A veces, las ficciones que una sociedad inventa sobre sí misma nos dicen tanto sobre esa misma sociedad como los hechos. Quizás incluso más. Los acontecimientos pueden ocurrir por casualidad, pero, en un mundo en el que abundaba la historia oral y los materiales de escritura eran caros, la creación de una historia exigía un esfuerzo concertado, consciente o inconsciente, de invención y selección.

Las historias sobre Mesalina son de lo más entretenido y divertido: hace caer a uno de los hombres más ricos y poderosos de Roma porque le gusta su jardín; asesina a hombres que se niegan a dormir con ella; desafía a la prostituta más reputada de la ciudad a una competición de resistencia sexual de veinticuatro horas, y gana; planea un golpe para derrocar al emperador y se casa públicamente con su amante mientras su marido está fuera de la ciudad...

En contraste con el personaje de «Mesalina» que se desarrolla más tarde en la tradición cultural occidental –la mujer definida enteramente por su sexualidad–, la verdadera Mesalina era una fuerza política, además de sexual. Las supuestas intrigas de la emperatriz, su caída repentina y el eficazísimo proceso de difamación después de su muerte revelan mucho sobre el funcionamiento interno de la nueva política cortesana aparecida cuando Roma pasó de la República al Imperio, un proceso en el que, como argumentaré, Mesalina jugó un papel fundamental. Fue un cambio que aterrizó a los historiadores del momento, provenientes de la antigua clase senatorial. La política quedaba entonces fuera de su control: era algo oscuro y escurridizo, que ocurría a puertas cerradas, definido por rivalidades personales y facciones internas, y que se desarrollaba a través de presuntos envenenamientos y falsas acusaciones en lugar de por medio de reuniones y debates públicos.

Es un proceso que hoy no nos preocupa menos. La elección de Donald Trump en 2016 debería haber acabado con el mito –tan de moda en el siglo xx– de que la historia puede explicarse sistémicamente, sin recurrir en absoluto a lo individual, lo irracional y lo emocional. En la Casa Blanca de Trump, el carácter, el ego y las relaciones personales sin duda cambiaron el curso de la presidencia.* No intentaré hacer ninguna observación simplista sobre cómo los clásicos siguen siendo de vital importancia para comprender mejor la política moderna: no son de vital importancia, son interesantes (lo cual es mejor), y, en general, los problemas globales a los que nos enfrentamos hoy en día exigen soluciones novedosas. Más bien, nuestra experiencia sobre la política contemporánea de la personalidad debería recordarnos que no debemos subestimar el poder del temperamento personal, del amor, de la lujuria, de los lazos familiares, de los celos, de los

* Más tras la nueva reelección en 2025. (N. del E.)

prejuicios y del odio como motores del cambio histórico real. Los estudiosos, la mayoría de ellos hombres, han pasado por alto durante mucho tiempo a Mesalina como tema de análisis serio, desestimando los relatos históricos de su vida por considerarlos poco fiables y a la mujer en sí como una zorra. Pero yo diría que su vida es central e inseparable del relato de su tiempo, pues nos obliga a afrontar todas las irracionalidades incuantificables que definen este período de la historia política romana.

Los problemas que encontramos al intentar comprender a Mesalina deben reconocerse como parte de su historia y de la historia de la feminidad antigua en general. A pesar de la riqueza del corpus literario conservado del mundo clásico, casi no existen voces femeninas. Tenemos fragmentos de las poetisas Safo y Sulpicia, pero las palabras de las grandes mujeres de la historia y la mitología antiguas —mujeres formidables y poderosas como Helena, Medea, Antígona, Penthesilea, Artemisa, Lucrecia, Cleopatra, Livia o Boudica— fueron mayormente escritas por hombres. Así, el amargo lamento de Medea —«De todas las criaturas que pueden sentir y pensar, las mujeres somos las peor tratadas del mundo»— lo conocemos gracias a la pluma de Eurípides, y el llamado a las armas de Boudica fue compuesto por Tácito.⁵ Una y otra vez, encontramos a estos personajes femeninos transformados en paradigmas o pesadillas de la feminidad al servicio del mensaje de un autor masculino.

Es una tendencia que no hemos superado del todo en los últimos dos mil años: nuestra cultura aún parece tener dificultades para afrontar la complejidad femenina. Los personajes femeninos modernos aún tienden, mucho más que sus homólogos masculinos, hacia el blanco y negro; aún hay menos espacio en la conciencia cultural para la heroína compleja que para el héroe complejo.

Las mujeres que tienen textos escritos por autores masculinos son la excepción; más comúnmente, las mujeres de la historia antigua no hablan, y nadie habla de ellas en absoluto. El ideal fe-

menino en el mundo antiguo era tranquilo, modesto y reservado; en la Grecia clásica, el simple hecho de nombrar a una mujer en un discurso público equivalía a llamarla prostituta.⁶ A principios del siglo I d. C., se inscribió lo siguiente en la tumba de una mujer llamada Murdia:

Los elogios a todas las mujeres buenas suelen ser sencillos y similares, porque sus buenas cualidades naturales [...] no exigen una gran variedad de descripciones. Hacer lo mismo que toda buena mujer debería bastar para ganarse una reputación digna. Después de todo, es más difícil para las mujeres ganarse nuevos elogios cuando sus vidas se ven trastocadas por tan poca variación. Por lo tanto, debemos celebrar sus virtudes comunes... Mi querida madre merecía el mayor elogio de todos porque en modestia, honestidad, castidad, obediencia, laboriosidad, diligencia y fidelidad, era igual y, de hecho, la viva imagen de cualquier otra mujer íntegra.⁷

La mujer «buena», ocupada en sus tareas domésticas, simplemente no interesaba a los escritores griegos y romanos, por lo que no la mencionaban. Este silencio se redobra más allá de la élite. Nos toca reconstruir las vidas de las mujeres más pobres —ya fueran esclavas, esposas de artesanos o prostitutas— a partir de cerámica rota, ruelas desgastadas, marcas de quemaduras dejadas por el fuego de los hogares en suelos antiguos y fragmentos de grafitis.

El hecho de que sepamos tan poco de la vida de Mesalina antes de su matrimonio, hasta el punto de que ni siquiera podemos fechar su nacimiento con total certeza, no es un accidente anómalo de descuido histórico, sino que indica una suposición cultural: las mujeres simplemente no interesaban hasta que sus vidas se cruzaban, de verdad, con las de los hombres. Esta suposición estaba tan arraigada que se incorporó al lenguaje: ni el griego antiguo ni el latín tienen un término específico para la mujer adulta soltera. La oscuridad y el silencio de la «verdadera Mesali-

na», quien, en todos los relatos de su vida, nunca tiene un momento de discurso directo, refleja la oscuridad y el silencio de la gran mayoría de las mujeres de la Antigüedad.

La difamación de Mesalina es el mejor ejemplo de los peligros de desenvolverse como mujer en el mundo del patriarcado que consideramos la cuna de la civilización occidental, la racionalidad y la libertad. Pero los miedos alrededor de una mujer poderosa (peor aún, una joven poderosa, y peor incluso más, una joven poderosa y sexualizada) que se filtran palpablemente en cada frase escrita sobre Mesalina son más que una simple introducción a las realidades de los prejuicios antiguos. Siguen siendo reconocibles para el lector moderno. También resultan familiares las reacciones instintivas que estos miedos provocan: el escándalo sexual, la denigración que implica tildarla de prostituta por su promiscuidad, la presentación de la mujer como un ser emocionalmente irracional. La historia de Mesalina, hasta donde podemos reconstruirla, es, en cierto modo, muy moderna: una mujer que se atreve a ejercer el poder en un mundo de hombres y sufre las consecuencias.

Así, lo relevante en este mundo moderno es la restauración de Mesalina en la narrativa histórica. Su historia no es una parábola de la feminidad agraviada; Mesalina no es simplemente la víctima inocente de una narrativa misógina. Fue moldeada, influenciada y, en ocasiones, perpetuada por el brutal y misógino contexto en el que vivió.

Su historia es, en cierto modo, la historia de la consolidación del poder imperial a mediados del siglo I d. C. y la transformación constitucional de Roma de una República a lo que fue una monarquía en todos los sentidos menos en el nombre. Augusto estableció una autocracia y sembró las semillas de un sistema dinástico, pero su verdadera jugada maestra fue moderar la velocidad de esta transición y su subsiguiente revelación. La situación aún estaba en constante cambio cuando Mesalina y Claudio llegaron al poder en el 41 d. C., unos veinticinco años después de

la muerte del primer emperador, Augusto. Como emperatriz, Mesalina se convertiría en una participante activa en la lenta mudanza del panorama político romano, siendo pionera en nuevas formas de ejercer el poder que explotaban o eludían las antiguas instituciones exclusivamente masculinas de la vida pública romana. Creó nuevos modelos de poder femenino, que serían utilizados por sus sucesoras y que ayudarían a definir las ideas romanas sobre lo que significaba ser «emperatriz».

Afirmo, pues, que Mesalina fue una figura crucial en la historia de la Roma imperial del siglo I. La obsesión por su vida sexual ha oscurecido este hecho, en detrimento no sólo de su memoria, sino también de nuestra comprensión de la época.